



Relatos de la “Strat al-thāhir Baibars”



VII – Paladín de doncellas **26 – Ibrahim, Paladín de Doncellas, capitula**

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2020
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

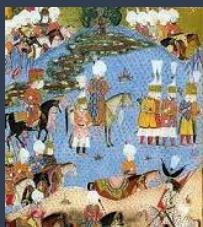
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu



26 – Ibrahím, Paladín de Doncellas, capítulo

“En el capítulo anterior dejamos al capitán Sájer que, siguiendo las órdenes del maldito monje Yauán, debía infiltrarse en el campamento de los musulmanes y secuestrar al rey, para traerlo a Sís y luego, atacar al ejército de Egipto que caería derrotado, pero...”



- Pues sí, jawâya Bakrumo –le contaba el capitán Sájer a Shîha–, todas las molestias que me he tomado no han servido de nada: cuando llegué al campamento de los musulmanes, había puestos de guardia por todas partes, y si he salvado el pellejo ha sido gracias a que me di a la fuga a todo correr.

- ¡Pero eso no tiene importancia! Los dos tercios del valor consisten en saber huir a tiempo... e incluso los tres tercios, según se dice. De todos modos, soy gracias a Cristo, nuestro Señor, por haberte devuelto sano y salvo. Vamos, capitán Sájer, no estés triste, y recuerda el proverbio: “El guepardo es astuto, lo que hoy se le escape, lo atrapará mañana”. Y ahora, ¿qué tal si entras un momento a visitar a tu compañero Mu’ayyaq, hijo de Yahrub? Hace un momento que preguntaba por ti: ve a ver qué quiere, y aprovecha para tomar un buen vaso de *bibar*, que te entone el cuerpo.

Sájer penetró en la posada y, en compañía de Shîha, fue hasta la habitación en la que reposaba Mu’ayyaq.

- Hermano, le debo una buen cirio al posadero Bakrumo –afirmó Mu’ayyaq–. Me ha curado admirablemente, y en ningún momento me ha hecho sufrir... ¡no te puedes ni imaginar las manos tan suaves que tiene, y todo lo que sabe de los secretos de la medicina y de la cirugía! Lo único que le reprocho, es que me está dejando morir de hambre: ¡con su maldito régimen, solo tengo derecho a un caldo aguado con unos granos de arroz, mañana y tarde y, francamente, eso me está matando! Así que cuento con tu amistad para decirle que se deje ya de ahorrar y que me sirva un buen plato de arroz con carne y manteca de primera.

- Escucha, hermano, mañana, te prometo un auténtico festín: yo me ocuparé de todo. Montaremos una buena fiesta y le diremos al *jawâya* Bakrumo que toque la flauta.

- *No, no, señori* –protestó Shîha, que no había perdido ni una palabra de esa conversación–. ¿Cómo podéis decir algo así? ¿Es que creéis que el *jawâya* Bakrumo es tan ingrato? ¿Acaso pensáis que en su casa no hay provisiones ni *bibar*? No, tenéis que hacerme el honor de ser mis invitados. Que no se diga eso de que “El que visita a un

vivo sin gozar de su hospitalidad, más le valdría haber visitado a un muerto en su tumba.”

Dicho esto, Shîha salió corriendo de la habitación; poco después, volvió con una enorme bandeja espléndidamente guarnecida, y seguido de un criado que traía botellas y vasos.

- ¡*Beyrem siñori!* –continuó Shîha– Dignaos sentaros a mi mesa y compartir mi comida, y pueda, Cristo nuestro Señor, acrecentar vuestro prestigio, para recompensar as el inmenso honor que habéis concedido al pobre Bakrumo.

- ¡Pero, hombre, Bakrumo, no había necesidad de que te tomas tantas molestias! – exclamó Sájer– Éramos nosotros los que queríamos invitarte, ¿por qué cambiar las cosas?

- Os lo ruego, comed, *siñori* –insistió Shîha–. Aun así, yo siempre os quedaré obligado.

Dejándose llevar por tan amables propósitos, los dos compadres se sentaron ante sus platos. Shîha sacó entonces su flauta y comenzó a tocar dulces melodías; interpretando tanto las tonadas de los franceses, como los aires árabes.

Y el narrador prosiguió así su relato...

Apenas aquellos dos buenas piezas habían tragado unos bocados, cuando cayeron sin sentido fulminados por los efectos del *benj*.

- ¡Dormid bien, pobres idiotas! –se burló Shîha dejando caer su flauta.

Después de atarles bien atados, Shîha los bajó, uno tras otro, a la cava en la que se hallaba el capitán Ibrahim¹ (antes, conocido como El Caballero sin Nombre y Paladín de doncellas).

- ¡Eh, mierdecilla! ¿de qué va todo esto? –protestó Ibrahim– ¿No crees que ya estamos aquí bastante estrechos?

- ¡Aquí te traigo a dos compañeros, Paladín de doncellas! El primero, es Sájer el Armenio, y el segundo, es Mu’ayyaq, hijo de Yahrub, justo el hombre que tú habías venido a buscar. Bueno, ahora, escúchame bien Ibrahim: yo estoy firmemente decidido a entregar esta ciudad al Comendador de los creyentes, a capturar a Yauán y a su fámulo y, en una palabra, a realizar tales hazañas que queden grabadas por siempre en la memoria de los hombres, obligando así a los ismailíes a reconocer mi valor y a aceptarme como sultán.

- ¡Que el buen Dios te patee el culo, Shuaïa! –exclamó Ibrahim, aunque a pesar de todo, impresionado–. ¡Por la vida de mi padre Hasan, que aunque no tienes buena facha, es cierto que no te faltan recursos! Pero bueno, dejemos esto, compañero: ¿hasta cuándo me vas a dejar pudrir en esta maldita prisión?

- Eso depende de ti, capitán Ibrahim: en cuanto hayas jurado obediencia, yo te liberaré. En cambio, si te obstinas en rechazarla, te quedarás aquí hasta el fin de tus

¹ El capitán Ibrahim, antes, era conocido como El Caballero sin Nombre, y Shîha, no sin cierta ironía, y recordando el momento en que Ibrahim salvó de una emboscada de los franceses a la esposa del Sultán El-Zâher, le llama Paladín de doncellas

días... algo que no tardará en suceder, pues yo no pienso pasar más tiempo ocupándome de ti.

- ¡Sólo Dios es fuerte, el Altísimo, el Todopoderoso! –suspiró Ibrahim resignadamente– Me refugio en Él... Está bien, escucha, Yamâl El-Dîn, has de saber que en el fondo de mí mismo siempre te he reconocido como mi maestro. Hemos sido compañeros y socios, y no merece la pena que nos pongamos a hacernos mala sangre entre nosotros, y como se suele decir: “conservar un amigo vale igual que hacer cien buenas obras”.

- ¡Vaya, ya era hora, por fin vuelvo a encontrarte! –exclamó Shîha– Pues sí, mi buen capitán, la obstinación es la madre de la impiedad, ¡que Dios maldiga a quienes se empecinan en el error!

- Una última cosa, tío mío –continuó Ibrahim–: en lo de reconocerte como mi *jawand*, pues estoy mil veces de acuerdo y espero que con frecuencia tengamos la ocasión de trabajar juntos; pero ante los ismailíes, ¡la boca bien cerrada! Yo soy aún el más joven de ellos, y un buen creyente debe saber mantenerse en su sitio. Bueno, venga, amigo mío, desátame rápido y te juro que yo siempre seré el primero en obedecerte, y el último en discutir tus órdenes.

- Está bien, que así sea, Paladín de doncellas; si me reconoces como jefe, no te pediré que lo muestres ante los otros. Ahora, antes de liberarte, júrame por el Nombre Supremo de Dios que no intentarás traicionarme y que te abstendrás de perjudicarme de cualquier modo.

Ibrahim le prestó juramento, conforme a la fórmula consagrada, y Shîha le quitó las ataduras; los dos hombres se dieron un abrazo, y desde ese momento, la concordia y una buena amistad reinaron entre ellos. Luego, suministraron el antídoto del benj a Sájer el Armenio y a Mu'ayyaq, hijo de Yahrub, que se despertaron, estornudando, e invocando el nombre de Cristo. Fue entonces, cuando se dieron cuenta de que estaban atados como pavos para el matadero.

- ¡Eh, *jawâya* Bakrumo, qué significa esta broma! –protestó Sájer–. ¿Así me recompensas todas mis bondades? ¿No te he perdonado el alquiler de mi posada? ¿Por qué nos tratas de este modo?

- ¡Aquí ya no hay más Bakrumo que valga, maldito perro infiel! –le espetó el Maestro de las Astucias con una risa sardónica–. ¡El que tienes ante ti no es otro que Yamâl El-Dîn Shîha, el pilar del Islam!

Dejando a sus prisioneros presa del terror y la consternación, condujo a Ibrahim a una de las habitaciones de la posada, y le trajo una suculenta comida para que recuperara fuerzas.

- A partir de ahora, el pasado queda muerto y enterrado, capitán Ibrahim –afirmó Shîha cuando Ibrahim hubo terminado de comer–. Los errores que hayamos podido cometer uno contra el otro son agua pasada, y ahora comenzaremos desde unas nuevas bases... Bueno, pero eso no es todo, muchacho: habrá que ver cómo conquistamos esta ciudad, de forma que nos presentemos con la cabeza bien alta ante nuestro sultán. ¿Qué me dices a eso, Paladín de Doncellas?

- Mi querido tío Yamâl El-Dîn, estoy a tus órdenes: dime lo que quieres que haga, que yo me encargo del resto. De todos modos, en lo que respecta a tomar esta ciudad, mi más caro deseo sería...

Próximo relato de “Paladín de doncellas”:

VII.27 - “Ibrahim pasa a la acción”